

varias muestras de poesía revolucionaria, todavía inédita a pesar de los numerosos hallazgos de los últimos tiempos. El canto al héroe que "El Campesino" ejemplariza, "entrañas como un surco/crespo como un Guadarrama"; el canto al héroe anónimo, "Digno de ser comandante"; "Las puertas de Madrid", que el pueblo canta mientras muere en defensa de la ciudad. Estos son los poemas más representativos que se han recuperado. Poesía de combate que Miguel esgrime como un arma, exaltado el tono que a veces se desorbita —como en "Alba de hachas", por ejemplo—, pero que expresa magníficamente el furor revolucionario.

Especial interés merecen dos textos recogidos por Cano y Marrast, que revelan una faceta desconocida de Miguel Hernández como crítico literario: un comentario de "Trasluz", de Pedro Pérez Clotet, y un ensayo crítico de "Residencia en la tierra", de Neruda. En este último, Hernández expone de una manera explícita sus teorías poéticas, en crisis por esas fechas (1935), cuando cansado ya del metro clásico y bajo influencia del poeta chileno, comienza a propugnar la "superación de la forma" y los "versos anárquicos".

Y por fin, un texto singular, la biografía de "Tragabuches", torero, bandolero y personaje novelesco de crimen pasional, que escribió Hernández para la obra monumental "Los toros, tratado técnico e histórico", que preparaba José María de Cossío para Espasa-Calpe. ■ BEL CARRASCO.

### Siempre Neruda

Dos editores españoles, Seix Barral y Lumen (ésta en su bella colección El Bardo), se han lanzado a la tarea de publicar, si no unas obras completas, sí al menos una muy amplia representación de la obra de Pablo Neruda. Por supuesto, más fiel que aquellas malhadadas "Poesías completas", que determinada editorial barcelonesa tuvo el descaro de lanzar al mercado, en lujosa edición y todo, como tales. Ahora han empezado a aparecer libros como "Veinte poemas de amor y una canción desesperada", "Canto general" —ampliamente conocidos por el público español— o "El mar y las campanas" y "El corazón amarillo" (inéditos), los cuatro publicados por Lumen, o "Residencia en la tierra",



Pablo Neruda, según Vázquez de Sola.

"Odas elementales", "Las uvas y el viento", "Cien sonetos de amor" y los póstumos "Elegía", "Libro de las preguntas" y algún otro, publicados por Seix Barral.

El caso Neruda es uno de los más curiosos de la catastrófica historia cultural de los decenios franquistas. Toda una generación de aficionados a la poesía nos hemos educado leyendo al gran chileno en aquellas ediciones que oscilaban entre el mal papel y la horrenda tipografía de la Colección Contemporánea del editor argentino Losada o las lujosísimas, iluminadas por grabados y dibujos generalmente del gallego Luis Seoane (también poeta en su lengua patria, por cierto, y excelente), del mismo editor. Unas y otras entraban en el país en figurado clandestinaje. Se compraban a un precio exorbitante para la época, en aquellas librerías con trastienda de libros prohibidos, a las que algún día habría que rendir un debido homenaje, pues supieron combinar el lucro comercial con la difusión cultural, ambas cosas bajo la espada de Damocles de un registro policíaco.

Pese a todas las dificultades, a Neruda se le leyó entre nosotros. "Veinte poemas de amor", sin lugar a dudas, ha sido el libro de poesía más leído en España en la era franquista. Más

de un periodista currinche ha utilizado incluso aquel famoso arranque del poema 20, impregnado de sentimentalidad romántica, para escribir una crónica llorona. Neruda ha sido y es popular en España. Los más interesados por el poeta leían "Residencia en la tierra"; los más interesados por su compromiso político, "Canto general" o aquella "Tercera residencia", cuya exhibición y venta le costó a una conocida librería madrileña, y no hace mucho tiempo, una crecida multa y un amago de cierre. Neruda ha tenido la gran virtud de concitar contra sí las iras del régimen y de los grupos "ultras" que lo flanqueaban. Ciertos poemas suyos, suponemos que todavía impublicables en España, producían —y producen— auténticos ahogos en las filas de nuestra extrema derecha.

Así las cosas, la publicación de Neruda en España debe ser bien venida. Hasta ahora se había venido haciendo con obras suyas menores, como "Aún" o las Memorias, de tanto éxito y de tan escaso interés. A esta altura del tiempo y con todos los antecedentes literarios y extraliterarios del caso Neruda, vale la pena volver a las páginas del gran maestro de la poesía americana en lengua castellana. Neruda sigue vivo, incluso en sus tremendos errores como poeta. Si "Residencia en la tierra" es para muchos —entre los que yo, modestamente, me incluyo— su mejor libro, el reencuentro con libros como "Canto general", "Odas elementales" o "Estravagario" no puede ser más gratificador. Hacer el recuento de lo vivo y de lo muerto en un poeta de su magnitud es siempre arriesgado. Un poeta tan complejo como él guarda zonas de sombra y de misterio que posiblemente pasarán generaciones antes de ser desveladas y gustadas debidamente. Pero con la perspectiva de los años, y teniendo en cuenta que Neruda, cronológicamente, se corresponde con los poetas españoles de la generación de 1927, se puede valorar su poesía con una cierta distancia histórica.

La usura del tiempo se ejerce sobre la poesía acaso con más insidiosa tenacidad que sobre otros géneros literarios. Especialmente en poetas como Neruda, que no rehuyeron —como tampoco el olímpico Goethe: recuérdese lo hablado con Eckerman en un paso de las "Conversaciones", tan frecuente como ligeramente citado— la poesía de circunstancia, la pegada al

decir y obrar cotidiano de los hombres y mujeres y a la acción política. Hoy nos pueden rechinar en los oídos determinados elogios al "Padre de los pueblos", que velaba desde el Kremlin por la revolución mundial. La historia es cruel y termina desenmascarando los montajes propagandísticos. Las odas a Stalin y los denuestos contra quienes no se avenían a los tópicos de la estética "pompiere" del realismo socialista, merecen todos los olvidos. Pero el aliento épico que conmueve tantas páginas de Neruda cuando canta a su Partido, que combate a las masas trabajadoras, a los héroes de las luchas de liberación nacional y popular de América Latina o de España, sigue vivo. Tal vez porque el instinto y el genio del poeta le impidieron caer en ciertas mezquindades de las que no se vio libre ni el propio Brecht, por no decir otros poetas más próximos a nosotros en el tiempo y en el espacio. Pablo Neruda sabía demasiado de poesía, conocía demasiado bien a sus clásicos, desde Shakespeare hasta Maikovsky, pasando por Manrique, Góngora, Quevedo, Lautréamont, Baudelaire, etcétera, como para renunciar a todo lo que aportó a la poesía moderna la gran revolución de los simbolistas primero, de los surrealistas y expresionistas después. A pesar de las prédicas de Zhdanov y de sus secuaces en cada Partido Comunista antes del deshielo iniciado ahora hace veintidós años, Neruda no renegó de su convulso, caótico universo, recorrido por los relámpagos de su genio inmerso y contradictorio.

En él, como en otro plano en Bertolt Brecht, praxis literaria y praxis política anduvieron siempre de la mano. Tan revolucionario fue en sus concepciones políticas como en su poesía. Y eso, pese a todas las caídas ocasionales. Si Brecht fue la razón dialéctica más el soplo mágico de la poesía, en Neruda primó sobre cualquier cosa lo intuitivo, lo irracional. Pero en su realización artística (como en su realización política) supo ordenar aquel caos en una unidad poética superior. Más allá de las modas, más allá de los ismos, Neruda sigue siendo un poeta irrenunciable y "fatal" —como diría Juan Ramón Jiménez—. Su poesía tiene ya hoy, a pocos años de su muerte terrible, rodeado por el martirio de su pueblo masacrado por el fascismo, la belleza inmarcesible de lo clásico. ■ JAVIER ALFAYA.